

## EL ESTADO CULTURAL DE ESPAÑA

---

Señoras, señores:

En estos días agudos a que se ha referido el ilustre representante de la Federación Escolar de la Universidad de Córdoba, en la lisonjera salutación que acaba de dirigirme, los pueblos han de prepararse a una nueva vida, porque la humanidad, después de la sangrienta lección recibida, ha de encontrar las normas que la conduzcan a una mayor perfección y ha de cumplir una renovación ética que haga imposible—queremos así soñarlo los optimistas irreductibles—una conflagración, una muerte como la que acaba de vivir, paradoja terrible, la humanidad entera en los últimos cuatro años transcurridos. Es necesario que se apresure la constitución de la conciencia colectiva de los pueblos y cuando los pueblos lleguen al grado de evolución que permita la aparición de esta conciencia por mecanismos exactamente referibles a la aparición de la conciencia, a partir de los mecanismos inconscientes, en los individuos; entonces, la humanidad, yo no sé si será pronto, yo no sé si será tarde, yo no sé si aparecerá bruscamente a manera de una mutación, yo no sé si ella ha de venir a consecuencia de un proceso de evolución más o menos prolongado, pero sé, ciertamente, que cuando la conciencia de las mismas, que en la actualidad son manejadas cautamente por unos cuantos conductores, por un número de caudillos, cuando la conciencia de las masas haya hecho su aparición, entonces la humanidad se abrirá a una vida mejor y habrá

alcanzado el grado de una superior cultura y de una vida más feliz, más justa y más digna de ser vivida.

Se nos revelan por la pasión de estos años últimos, problemas completamente nuevos y son muchos los momentos en que aquellos que cultivamos nuestros espíritus, principalmente en los últimos años del siglo XIX y en los primeros del siglo XX, en períodos pre-bélicos; aquellos que no sabemos ni podemos renegar la preocupación intelectualista, pensamos sino estaremos, acaso, radicalmente equivocados, y si los esfuerzos por la cultura no representan una desviación en el progreso de la humanidad. Hemos visto, en efecto, que en los países donde se encendió la guerra la cultura intelectualista alcanzaba la mayor pujanza. Traigo aquí—y habrán de servirme para argumentos de los que usaré más tarde—listas que dan los cocientes de analfabetismo en el año 1910. Y cuando pensamos que en Alemania, a partir, claro está, de la edad escolar, antes de la guerra, se daba un tres centésimas por ciento de analfabetos; que en Austria se daba un tres por ciento; que en Francia un tres y medio, que en Inglaterra un cinco y en los Estados Unidos un 7,7 por ciento, siendo así que otras naciones menos afortunadas, como España y la misma República Argentina daban un coeficiente de 59,35 y de un 53,40, respectivamente; nos asaltará la duda por un momento de si la difusión de la cultura entre el pueblo no será valedera para el desencadenamiento de las pasiones que pueden conducir a catástrofes como la pasada. Y, sin embargo, no es, como nos decía, que no querramos ni podamos renunciar a aquellas adquisiciones que hizo nuestro espíritu juvenil; pensamos que a pesar de estos índices no estamos equivocados y que la causa de los sufrimientos de la humanidad ha sido un desequilibrio entre la instrucción material y la formación del espíritu, la no organización de los debidos valores éticos, y entonces se nos presenta como ideal a conseguir que en estos tiempos post-guerra persistamos con mayor ahínco, si cabe todavía, en la difusión de la cultura, pero no en este sentido monolateral, sino buscando cambiar los conceptos de la ética, de modo que se dé un perfecto paralelismo entre las adquisi-

ciones intelectuales y las adquisiciones morales. No fué un error la instrucción de los pueblos, pero si lo fué la instrucción desequilibrada de los pueblos, la preocupación de la instrucción del pueblo olvidando la preocupación de la moralización del pueblo, empezando por las clases de mayor responsabilidad, que son las que más poseen y por tanto aquellas que debieran tener conceptos éticos más arraigados.

En España queda enorme camino por recorrer en uno y en otro sentido, paralelamente los dos. Yo tengo el convencimiento, puede ser muy bien que este sea un falso espejismo de que, no a lo largo de una sola generación, sino después de algunas generaciones, la mayor cultura intelectualista ha de traer la mayor cultura ética. Pero, no obstante, bien estaría que aquellos que se preocupan por el porvenir de una raza, de ninguna manera olviden estas dos manifestaciones del espíritu. Y vuelvo a decir que en España han transcurrido siglos en que pesaba con una influencia hipnótica sobre la raza y en estos siglos que representan para el resto de la humanidad el renacimiento científico, España fué muy poco afectada y cayó en un atraso lo mismo en lo que concierne a su cultura superior que en lo que hace referencia a su cultura popular. Yo no he de recordar en este punto, además constituye esto un torcedor doloroso para mi espíritu, los motivos del decaimiento de la cultura en España. Son motivos múltiples; más de todas maneras, no son difíciles de descubrir. No vayamos tampoco a descubrir la raíz; contentémosnos con la exposición del hecho, y el hecho viene manifestado por los índices que determinan la amplitud de los dos aspectos fundamentales de la cultura: la cultura de la masa general y la cultura de los espíritus escogidos; la cultura popular y la capacidad de producir nueva ciencia. De cual sea el estado de la cultura popular, lo demuestra el índice antes recordado, del analfabetismo español, o sea: 59 hombres por cada 100 hombres que no saben leer. Del estado de la cultura superior es una muestra evidente la desnudez de nombres españoles, y también hispano-americanos, en las bibliografías científicas universales. Es, pues, un hecho, que en

España ante de comenzar el movimiento renovador, en el cual en absoluto creo, se daban condiciones de cultura perfectamente excepcionales con respecto de los demás pueblos europeos y americanos, especialmente del norte. Es así mismo un hecho, que resulta de todas maneras innegable, la tendencia ascendente de la cultura española, y es de esto de lo que quiero ocuparme hoy. Por las relaciones existentes, aunque no inmediatas, entre la cultura intelectual y la formación moral, la aparición de esta conciencia colectiva de los pueblos—conciencia colectiva que llega absolutamente a su hora—en España se ha hecho posible el caciquismo político y como consecuencia de este caciquismo político, el predominio de los menos, que no suelen ser los mejores, sobre los más. Y en estas repúblicas, que conservan tantas de las virtudes y tantos de los defectos de su madre España, se ha hecho posible otra modalidad del caciquismo, el caudillaje. Pues bien, a medida que España renace, a medida que se sienten más fuertes y más modernas las repúblicas americanas, en España el caciquismo cede el paso a la conciencia colectiva y en las repúblicas americanas el caudillaje es de día en día más difícil.

Digo que es indudable que se promueve un renacimiento español. No creo ser víctima de una ilusión. Ya en otras ocasiones, de una manera que algunos han juzgado agresivo, yo he dicho que era para los españoles bendita la hora del desastre de 1898. Yo creo que ha sido la agitación provocada en las conciencias por la catástrofe que representaba la guerra americana, el punto de partida del renacimiento que hoy se siente con relativa pujanza. Se habló inmediatamente después del año 98, de la necesaria regeneración; persistimos creyendo que la regeneración era posible en pocos hombres—como si fuese dado transformar un pueblo de una manera rápida; ya que era preciso llegar hasta lo más profundo de las conciencias dormidas. Empezaron a actuar aquellos hombres abnegados y patriotas que merecieron el nombre de generación del 98, sus esfuerzos no dieron frutos inmediatamente, era natural esperarlo así, pero han transcurrido desde entonces 20 años y aquello que

no aparecía en los primeros momentos ya asomándose en la actualidad; y si su fuerza no es mayor todavía y sus resultados más evidentes, débese sobre todo a los residuos de la política secular española, ya que la civilización española no ha encontrado aquellas normas administrativas y políticas, las más adecuadas para su perfecto desenvolvimiento. Pues, bien; a pesar de esta inadecuación, a pesar de la presión ejercida por los restos oligárquicos, España renace a nueva vida, y yo creo que ha de ser particularmente grato a esta Federación Universitaria que se preocupa de problemas iguales a nuestros problemas, el que venga a entretener por un momento vuestra atención historiando este movimiento renovador español y las formas que este movimiento adopta y el porvenir que puede hacernos esperar.

Decía que los dos índices que demuestran el atraso de España son, el analfabetismo para la cultura popular y la ausencia de nombres españoles en las bibliografías científicas universales: la no existencia de espíritus originales que se impongan sobre el mundo culto, en una palabra: a la falta del sentido de la originalidad y de iniciativa en la producción de ciencia propia. La producción científica representa la flor de una civilización y una civilización nunca será completa mientras no vaya acompañada de la producción de ciencia original específica. Pues, de la misma manera que yo he empezado crudamente por afirmar el atraso de la cultura en España, de igual manera creo que es indudable, al examinar los hechos sin pasión, que va entrando España en una nueva era de prosperidad y en un camino que ha de conducirla a una superior cultura, y que podrá, andando el tiempo, acaso no excesivamente extenso, hacer que se parangone con las naciones más cultas, más adelantadas. Este es un porvenir por el cual todos los españoles hemos de luchar y confiamos nuestros esfuerzos al simple examen de los resultados conseguidos: los dos índices que nos permiten juzgar de una cultura, el índice del analfabetismo y el de la producción original, que van siendo rápidamente modificados. Así, si vemos el tanto por ciento de analfabetismo en los últimos cincuenta años,

advertiremos que a partir del comienzo del siglo XX, en estos últimos 20 años, España ha venido a conseguir una mejora en su analfabetismo que representa una quinta parte menos de lo que tenía hasta fines del siglo pasado. De cada cien hombres que antes no sabían leer ni escribir, veinte hombres en estos últimos años se han lavado de esta mancha colectiva. Y así vemos que en el tanto por ciento ganado en estos últimos cincuenta años, Cataluña ha conseguido una disminución en su favor de 25,86 por ciento;

Asturias	24,30
Vascongada	22,83
Castilla la Vieja	20,87
Navarra	20,42
Aragón	19,43

números que irían bajando para otras regiones menos afortunadas, pero ninguna presenta una proporción mayor que ahora 50 años. En una palabra: unas regiones van disminuyendo su analfabetismo más rápidamente que otras, pero es lo cierto que España gana en saber leer y escribir y que los índices de analfabetismo decrecen tan rápidamente como los que podrían leerse de naciones más afortunadas.

Lo mismo que sucede con la cultura inferior, con la cultura general, acúsase con mayor evidencia todavía con la cultura superior: las bibliografías van llenándose, van haciéndose cada día más abundantes de nombres españoles en los más distintos dominios del saber humano y han surgido en distintos puntos de España espíritus selectos y fervorosos que mantienen el calor de esta reconstrucción cultural. Y si hoy hemos conseguido alguna cosa, a poco que no fallen los esfuerzos de los intelectuales españoles y que no encuentren excesivamente violentas las resistencias que se les oponen todavía por parte de los poderes tradicionales, se abrirá la España culta a una nueva visión de las cosas. Y es de esperar que mucho más progresiva habrá de hacerse la marcha por la consecución de una cultura superior en los años que han de venir que en los años que han venido transcurriendo. Lo visto hasta ahora

constituye punto bastante para marcar una curva, una curva claramente ascendente y los que allá vivimos y allá trabajamos, que nos sentimos rodeados y por otra parte ayudados en nuestros esfuerzos por el calor de la colaboración entusiasta de las juventudes que hoy se van formando, no tenemos razón ninguna para dudar de nuestro porvenir, sino, todo lo contrario, para esperar que este porvenir se acreciente y que España no sea una excepción en el comercio de la cultura universal. Ved, pues, como el decir la verdad — se comprueba aquí una vez más — representa siempre un gran bien para los pueblos. Hay en nuestro país, como lo hay en todos los países, aún en los países más adelantados, un patriotismo fácil, que es el de suponer que la raza tiene todas las virtudes y que la nación ha llegado al más alto grado de desenvolvimiento. También este patriotismo es cosa absolutamente falaz, porque mientras nosotros nos dormimos en una confianza que fingimos — porque realmente no tenemos — los otros pueblos, que no tienen los motivos de este fingimiento, continúan su marcha, mirando con displicencia al pueblo que se retrasa; y este pueblo continúa entonando su vacua marcha triunfal, y sus clarines de feria continúan sonando.

Érente a este patriotismo está el patriotismo verdad de los hombres honrados, porque es maravilla que esta conducta que todo hombre honesto sigue en la vida individual, en sus relaciones con otros hombres, aparezca como un pecado cuando se trata de problemas colectivos. ¿Qué mayor favor a un amigo que decirle la verdad de sus defectos y asimismo las posibilidades de que él muestre sus virtudes para que vea de corregir estos defectos, de fomentar estas virtudes, para que pueda mejorarse individualmente? Los amigos de los pueblos son aquellos que dicen a los pueblos las verdades, que en algunas ocasiones pueden parecer, acaso, como verdades amargas. Si a España la generación rebelde del 98 no le hubiese dicho la verdad de su situación; y si, por otra parte, a esta incipiente conciencia colectiva, oscura, de las masas no le hubiese hecho ver de esta manera también, permanecería inmóvil. Es sabido que todos aquellos que, sonando el clarín bélico y enga-

ñando al pueblo, lo condujeron a la guerra que había de llevarnos al desastre, no eran los verdaderos patriotas, sino los que sabían decir a España su incapacidad para la guerra. Si no hubiera surgido esta generación del 98 y si esta generación no hubiese encontrado una continuidad en sus puntos de vista con las generaciones que han venido sucediéndose, este resurgimiento español que hoy es evidente, que hoy puede marcarse con números, seguramente que no se hubiese producido. ¿Y cuál es la obra del patriotismo intelectual? La de aquel que nos decía que las escuadras españolas eran superiores en poder a las escuadras americanas y que nos llevó a la loca aventura de la guerra, o el de aquellos otros que en los momentos de crisis osaban decir absolutamente la verdad y, por lo tanto, enseñarle los defectos y al mismo tiempo el camino para la corrección de estos defectos? Queda la consideración de estos dos patriotismos y he aquí como se plantean en España todavía. Sin embargo; yo no he de venir aquí, está fuera de lugar, a traer temas políticos, ni de política española, ya que no es ocasión de hablar ante extranjeros, aún cuando me hallen unido a vosotros por sentimientos fraternales, de muestras propias cosas, ni tampoco de política argentina por el mismo motivo, porque a un extranjero le está vedado introducirse en problemas ajenos. Pero sí, hablaremos de política universal; y es de política universal el problema de la cultura, y es por el camino de la cultura como va entrando España en la senda de sus grandes progresos.

Este es el motivo por el cual he querido solicitar por un momento vuestra atención para deciros el estado presente de nuestra intelectualidad, cómo se ha conseguido llegar a este estado, cómo de ninguna manera estamos satisfechos de lo conseguido y como intentamos llegar a un más allá, porque *somos nosotros* los que nos creemos inflamados de un verdadero, real y sano patriotismo.

Es sin duda ninguna la cultura superior la que ha conseguido más adelantos en España. Se comprende muy bien que sea así, pero es casi un mal, un desequilibrio que así suceda. Pero las cosas se dan como la realidad las impone y no como desearía el hombre



que se diesen. La lucha contra el analfabetismo es siempre el resultado de una organización pedagógica, en la que influye más directamente la política, por la designación de las personas que han de llevar a cabo esta organización, porque es una obsesión que han padecido muchos políticos españoles, y acaso no solamente muchos políticos españoles la de suponer que se enseña muy bien a los muchachos creando muchas escuelas, olvidándose que lo fundamental es la creación del profesor. Una magnífica escuela nunca habrá creado un profesor; en cambio, un buen profesor, aún cuando en ocasiones lleguen a escasearle los medios, podrá reemplazar siempre a una buena escuela. Es, por lo tanto, el problema del analfabetismo el de la creación de un profesorado. De ninguna manera quiere esto decir que no sea una labor a llevar a término la creación de escuelas. Lo mismo la creación de un profesorado que la creación de escuelas resulta de una organización pedagógica, que responde a una organización política; y si hemos dicho hace un momento que la organización política española no es la más adecuada a la realidad de la vida española, comprenderemos muy bien que estos progresos que hemos conseguido en la disminución del analfabetismo, con ser reales, lo hubiesen sido mucho más en el caso de que nos hubiese acompañado la suerte en la organización política española.

En cambio, la cultura superior puede resultar, y resulta, del esfuerzo individual o de la suma de algunos esfuerzos individuales. Claro está que es de un enorme valor en la formación de una cultura superior el que hayan antes escuelas y la colaboración, el mutuo afecto y la recíproca emulación. Pero cuando estos no existen, o cuando antes no existían, mejor dicho, porque por fortuna van apareciendo ya en España, cuando estos no existían se puede dar el caso esporádico de un Cajal, se puede dar el caso de un Turró, se puede dar el caso esporádico de un Galdeano, se puede dar el caso de un Bolívar, y estos hombres, realmente admirables, realmente heroicos, lanzados simplemente por su impulsión interior, se enteran de lo que sucede fuera de las fronteras de su patria.

se sienten movidos por la llama de la vocación, y estos hombres producen a pesar de serles adversas las condiciones de medio y tienen la virtud de difundir este estímulo entre los que los rodean y por lo tanto de llegar a constituir escuela.

De manera que así como para la producción de maestros y para la difusión de escuelas es necesario contar con una fuerza política, con una dirección de enseñanza, con un ministerio de instrucción pública, si no se pierden los esfuerzos en limitadas creaciones individuales; para la constitución de estos cerebros superiores basta el genio de la raza y no dudeis que cuando estos cerebros aparecen es que la raza no está muerta, es que la raza es capaz de despertar y dar lugar todavía a grandes cosas y a la aparición de estos hombres geniales.

Si no fuesen bastantes estos datos que llevo dichos, este sería suficiente para despertar en nosotros un optimismo respecto del porvenir de España y creer fundadamente en la renovación, en el resurgimiento español.

Tenemos, pues, que en los últimos años, sobre todo en estos últimos veinte años, han surgido en la intelectualidad española hombres ejemplares en distintos campos y en distintos sectores del conocimiento moderno; y estos hombres han dado el ejemplo y han traído las vocaciones de otros hombres más jóvenes y se han constituido de esta manera núcleos más o menos esparcidos por el territorio español, que son plena garantía de nuestro resurgimiento. No quiero insistir sobre un tema que desarrollé en una conferencia análoga a la presente en la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires. En ella hablaba de los hombres representativos de la cultura española y señalaba aquellos que nosotros creemos que llevan la antorcha del progreso y que son seguidos por una pléyade de jóvenes entusiastas. Hoy, más que de los hombres representativos, y por todos conocidos, hablaré del resultado de su obra inconclusa, de los elementos materiales de su actividad, de cómo han llegado a constituirse las escuelas más interesantes dentro de la intelectualidad española y de qué manera es de

esperar que no se limiten los resultados a unas cuantas ciudades sino que se extiendan por todo el país y que, por lo tanto, el proceso de renovación vaya acrecentando el progreso democrático.

Hoy por hoy, como una consecuencia del centralismo que va siendo poco a poco despojado de sus prerrogativas, porque a Madrid y Barcelona es donde iban sobre todo los hombres capaces de producir, acaso por encontrar allí los medios más adecuados para la producción, son dos los núcleos más importantes de la producción científica española: Madrid y Barcelona. Trabajamos, en una y otra ciudad, hombres de las más distintas tendencias, de las más diferentes opiniones, de las más desemejantes pasiones; pero unidos todos por una común pasión, que es la de la producción científica y la del prestigio de nuestra patria. Son aquellos que nuestro amigo D'Ors ha dicho que forman parte del partido de la inteligencia, aquellos que se preocupan de las conquistas de la intelectualidad. Entre nosotros, los que trabajan en Madrid, en Barcelona y los que comienzan a trabajar en otras ciudades de España, no surgen jamás agudos los aceros de la pasión. Yo he dicho que somos hombres de las más distintas tendencias y de las más diversas opiniones. Formamos en los campos más distantes de la política española y, sin embargo, nos encontramos siempre unidos fraternalmente cuando se trata de las cuestiones que afectan al porvenir de España; porque si os digo que formamos parte de grupos políticos distintos, no creais de ninguna manera que convivan con nosotros, ni con los de Madrid ni con los de Barcelona, aquellos espíritus desviados o incoscientes que entendían el patriotismo a la vieja usanza; aquellos son nuestros comunes enemigos, de los de allá y de los del otro lado. Pero nosotros, los que elaboramos en una y otra ciudad y en múltiples ciudades, por la ciencia y por lo tanto por el porvenir de España, coincidimos siempre en lo fundamental, en la necesidad de decir la verdad a todo trance y, por lo tanto, en la necesidad de poner remedio a los defectos que esta realidad nos descubre. Ni una sola vez se ha dado el caso que disientan los núcleos intelectuales de Madrid y Barcelona, como tampoco

han disentido los núcleos intelectuales del resto de España. Y cada vez que nosotros, los catalanes, hemos defendido nuestras ideas en el parlamento, en el Ateneo, en la tribuna periodística, es en estos hombres superiores donde constantemente hemos hallado la comprensión que en aquellos otros nos ha faltado en todo momento.

Son los hombres de Madrid, en la actualidad, por su trabajo, como antes os he dicho, como una consecuencia del centralismo que hace mucho daño a España, pero que crea un grupo pujante en aquella ciudad, como resultado inmediato de su acercamiento al presupuesto de la nación española, los que pesan más en el actual resurgimiento cultural de España.

Son muy buenos y en gran número. Sus instalaciones son en muchos casos ejemplares. Indudablemente que os vendrán enviados por la "Institución cultural española", hombres procedentes de las diversas universidades de España; pero tened en cuenta que hasta hoy os había venido un profesor de Oviedo, cuatro de Madrid y hoy os llega un profesor de Barcelona; el año próximo vendrá el profesor Cabrera, catedrático de Madrid. Este hecho indica que en Madrid el número de los cultores de la ciencia es superior al de otras ciudades, y se comprende bien por los hechos antes indicados. Luego, hay que procurar así que otros grupos españoles adquieran la importancia del núcleo universitario madrileño.

Y bien, ¿cómo se ha concretado esta labor de los universitarios madrileños? ¿Se ha concretado en la dormida universidad española, en cuya universidad encontramos todavía muchos de aquellos representantes del patriotismo huero? No. La universidad es una forma del espíritu humano que sigue la evolución natural de las cosas. La universidad, si se estanca se expone a la ruina y a que pase completamente la eficacia de su intervención sobre los pueblos respectivos. La universidad ha de sufrir renovaciones periódicas, y este ejemplo nos dan los pueblos más cultos. Es que para salvar la universidad inglesa no fué necesaria la constitución de un instituto a su lado que viniese por el estímulo a mover a la universidad y reconstruir esta universidad, como el King College?

¿Es que cuando Napoleón quiso remozar la universidad francesa no tuvo necesidad de colocar al lado de la universidad atrasada, el Colegio de Francia? En España acontece la misma cosa. De igual manera que yo he dicho que las normas políticas no son adecuadas a la realidad de la vida española, cuando ha comenzado a producirse el resurgimiento español ha resultado inferior la universidad a este resurgimiento, y ha sido necesario crear nuevas instituciones que sirvan de ejemplo a la misma universidad, y en cumplimiento de esta necesidad ha sido la creación de esta benemérita Junta de Aplicación de Estudios en Madrid; y en cumplimiento de la misma necesidad, adaptándose a las particulares modalidades del espíritu catalán y al derecho que tenemos nosotros a que sean satisfechas nuestras reivindicaciones, es la creación de un instituto análogo en Barcelona, que es el *Institut d'Estudis Catalans*, correspondiente a la Junta de Ampliación de Estudios, de Madrid. Y lo mismo la Junta que el Instituto, débese creer que han hecho un enorme bien, no solo a la vida de la cultura española, sino a la misma universidad española que empieza también a resurgir y a renovarse.

Junta en Madrid e Institut en Barcelona, nacieron precisamente cuando fueron necesarios. Todas las instituciones son posibles a condición de que aparezcan en los pueblos cuando se hace imprescindible su necesidad. La Junta de Ampliación de Estudios ha traído a España una plana de jóvenes pensionados que han recibido aires de fuera y que serán bastantes para impulsar por nuestro territorio la vida científica. Bien se que de estos jóvenes que van a otros núcleos intelectuales más poderosos, un buen número, la mayor parte, si quereis, es perdido para la intelectualidad; hombres que ven únicamente el profesionalismo como medio de aplicación a sus trabajos mentales y que se pierden en el profesionalismo. Muchos de nuestros jóvenes que fueron al extranjero volvieron a España no trayendo para nuestra cultura nada más que un membrete en sus libros rectorios y unos títulos en sus placas, que ponen a la puerta de sus consultorios; pero con ellos hay que contar, aún cuando la mayoría haya realizado viajes completamente estéri-

les, con un porcentaje cortísimo que venga del extranjero imbuido por las ideas universales; ya son bastantes para dar lugar a una labor provechosa. Y es este porcentaje el que busca la Junta, que vigila, que somete, sin embargo, a una rigurosa selección a los candidatos al pensionado, y es siempre un buen número el que vuelve a España contribuye a la renovación de la universidad.

Hemos dicho en otros lugares que el mayor motivo del atraso de España era su aislamiento del resto del mundo, por el falso concepto de que en España se encuentra lo mejor de lo mejor; y es un buen camino, el de mayor eficacia, el conducir a nuestros jóvenes más destacados a otros núcleos intelectuales, más pujantes para convencerlos de que por desgracia no tenemos lo mejor de lo mejor y que estaría muy bien que nos contentáramos con lo bueno. Es, pues, el estancamiento, la xenofobia, el aislamiento lo que ocasiona el atraso español. Manera, por lo tanto, de combatir el atraso es abrir nuestras ventanas a los aires de fuera, mandar estos espíritus en formación a que tomen ejemplo de aquellos países que van a la cabeza de la civilización. Esta es la obra más importante quizá que lleva a cabo la Junta de Ampliación de Estudios de Madrid, obra que había sido olvidada en absoluto por la universidad.

Otra de sus obras es el fomento de las investigaciones originales en España. No basta mandar muchachos al extranjero, si cuando vuelven no ha de poder apreciarse el resultado de sus esfuerzos, sino simplemente por el monto de sus ingresos pecuniarios con el ejercicio de sus respectivas profesiones. Un muchacho, puede darse muy bien el caso, que venga de terminar su educación en laboratorios perfectamente organizados y que llega a su país de origen y se encuentra sin laboratorios, o lo que es más grave todavía, sin el ambiente necesario para desarrollar sus enseñanzas; puede muy bien, si no es muy fuerte el temple, si no es un hombre heroico, convertirse en un profesional más. Y por ello, con visión clarísima, los hombres de la Junta se han preocupado de montar laboratorios, de ayudar a los investigadores en sus esfuerzos y de publicar los resultados conseguidos en estos laboratorios. Y al la-

do de todas estas actividades, la Junta de Ampliación de Estudios no olvida la publicación de memorias de distinto orden, no solamente de investigaciones científicas originales, sino también de investigaciones históricas, y la fundación de escuelas regionales, allí donde pudiesen encontrar interés los historiadores, particularmente la fundación del Instituto Nacional de Roma, que goza también de la misma dedicación en las gestiones de la Junta la Residencia de Estudiantes y el Instituto Escuela de Segunda Enseñanza, cosa esta última de reciente creación y que ha de pesar muchísimo, a no dudarlo, en la formación de la juventud española. En la Residencia de Estudiantes se reciben los muchachos que vienen de fuera a la Universidad de Madrid—y no ha de pasar mucho tiempo que no se encuentre una residencia también en las demás universidades:— tienen allí un ambiente propicio a sus estudios, algo semejante al Colegio de Internos de la Universidad de La Plata, bajo el patrón sajón, pero con la ventaja en la residencia española de que en la misma se encuentran laboratorios para que trabajen los estudiantes bajo la dirección de eminentísimos profesores, y que se dan, periódicamente, sesiones a cargo de los hombres más distinguidos del renacimiento cultural español. Posee una magnífica biblioteca y edita libros, de manera que esta institución tiene ya vigor propio para llevar una vida autónoma. Y al lado de esta Residencia de Estudiantes, el Instituto Escuela de Segunda Enseñanza; porque, como decía, es un problema el de la alta cultura, pero es más superior todavía el de la cultura de las masas, que es un problema inmediato, el de la formación de los espíritus selectos, el de los muchachos que saliendo de la segunda enseñanza deben comenzar sus estudios superiores; y como los institutos de segunda enseñanza españoles tienen mayores defectos que la universidad, siendo esta muy defectuosa, y se han convertido en oficinas políticas y administrativas, la Junta de Ampliación de Estudios, queriendo perfeccionar la reorganización de los estudios ha creado un instituto modelo de segunda enseñanza, con planes especiales, que en el caso de dar resultados fructíferos, como es indudable que los dará,

servirá de ejemplo para la transformación total de la enseñanza actual en España y hará un bien grandísimo en nuestra reconstrucción cultural.

Esta es, dicha a grandes rasgos, con pinceladas excesivamente sintéticas, la actuación de la Junta de Ampliación de Estudios de Madrid.

Veamos brevemente también qué es lo que ha hecho el Institut d'Estudis Catalans.

La mancomunidad de Cataluña, ha protegido al Institut como debiera, y el Institut ha respondido a esa antigua consideración de la Mancomunidad. Actualmente le da su pensión, aunque no con la munificencia que sería de desear; pero también se nutre con las cantidades y subvenciones del ayuntamiento de Barcelona. El Institut a su vez, pensina siempre que puede; el Institut publica trabajos originales, trabajos de laboratorio, y su gestión corre paralelamente con la de la Junta de Ampliación de estudios. Como véis se trata precisamente de venir a satisfacer aquellas necesidades que simultáneamente nacieran en Madrid y Barcelona; y al tiempo que el Institut desarrolla sus actividades, la mancomunidad de Cataluña crea nuevas escuelas: escuelas de orden técnico, tan necesarias en nuestra industriosa Cataluña; crea escuelas de agricultura, tipos verdaderamente modelo, dentro de la modesta escuela de agronomía de España, nunca comparables, por supuesto a las grandes escuelas de agricultura de los Estados Unidos.

Ha creado la mancomunidad de Cataluña, algo que constituye el joyel de nuestra Barcelona, y se fundó a consecuencia de un grito de los intelectuales, pidiendo libros y más libros: refiérome a la Biblioteca de Cataluña, que en cinco años no ha reunido una gran cantidad de libros realmente extraordinarios, pero sí abundante: alrededor de 60.000 volúmenes, todos libros interesantes y de la mayor modernidad y además colecciones de revistas de que tanto adolecíamos.

Como véis, pues, actualmente emergen energías que son prometedoras de una renovación. Hemos hablado de estas energías co-



lectivas, y si sumamos a ellas las energías individuales que seguramente han sido el punto de partida de estas creaciones políticas, si sumamos a ellas las energías que representan la labor de aquellos hombres a que me referí en mi conferencia de la Liga Patriótica, en Madrid, donde se dan con gran éxito altos estudios de matemática y enseñanzas de filosofía y filología, no pedagogía y fisiología y química que constituyen lo que se llama genéricamente por los intelectuales de Madrid, la enseñanza en línea paralela en Barcelona, tenéis así probada la realidad de la renovación.

En Barcelona se ha formado también un núcleo de personas, alrededor del "Laboratorio de bacteriología municipal" de Turró, que representa su escuela; hay además una escuela de industrias eléctricas; y al rededor de la biblioteca, al rededor de Eugenio D'Ors, núcleos de filósofos. Y estas escuelas forman un número tan considerable de especialistas que mi memoria no podría darlas completa, en esta rápida improvisación. Y al par de estos institutos de Barcelona y Madrid, surgen núcleos cultores e institutos particulares en otros puntos del país, que muestran un fervor digno de toda ayuda; y apanegan hombres eminentes en Zaragoza, hombres como lo que antes os recordara; y así mismo profesores del instituto de segunda enseñanza que llevan a buen término una obra de gran magnitud en Madrid y Santiago de Compostela, en Galla y Valladolid.

Y, efectivamente, van entrando en una vía de organización mucho más sabia que la uniformidad clásica; y a partir del ejemplo dado por la Junta de Ampliaciones de Estudios y del Institut d'Estudis de donde surgen hombres con méritos verdaderos cuyos valores se aquilatan justicieramente. Y aquel laboratorio ya no es uno de tantos laboratorios sino que se encuentra formando parte de la universidad; se ha convertido en un Instituto que va adquiriendo vida propia, marchando a la vanguardia con gran resultado, debido a la labor de ese hombre. Este es el punto que me interesa mucho desarrollar aún cuando sea brevemente, porque creo que es un tema que a vosotros estudiantes y profesores, puede resultar de algún interés, aunque los universitarios españoles, tipo Cajal, en la Universidad es-

pañola no hallaban los medios necesarios para su desenvolvimiento, ni ambiente espiritual, ni siquiera los medios materiales; pudiendo verse esta amargura, claramente expuesta en las memorias de Cajal; ello es realmente descorazonador, por que, entre líneas se lee bien claro toda la tristeza del sabio; pero al mismo tiempo es reconfortante porque se comprende, como al cabo del tiempo se impone, e indirectamente, ha sido Cajal quien ha levantado a la Universidad.

De manera que la universidad española, en este primer momento de su resurgimiento, se encontraba sin puesto, completamente ajena; y es el estado y los universitarios quienes se han venido mostrando hostiles a las creaciones complementarias de esta universidad y así, año tras año, hemos venido asistiendo a la lucha realmente inexplicable entre lo que se decía la universidad y la Junta de Ampliación de Estudios. Yo mismo, en el parlamento, en algunas ocasiones, sintiéndome universitario, he declarado fervientemente y he tenido discusiones con profesores, compañeros de la universidad, diciéndoles de la universidad, aquellas amargas verdades que siempre son útiles y es que el reclutamiento del profesorado ha sido hecho durante largos años, no en todos los casos con la debida justicia; y creo yo, que estos son achaques que pueden encontrarse en todos los países más o menos cultos, pero que es mayor en sus daños en los países más atrasados que en los que van a la cabeza de la civilización, haciendo al fin, un profesorado en cierta parte inepto; pues hay que tener en cuenta, al lado de este inepto, un profesorado distinguidísimo. Pero años atrás el profesorado inepto al sentirse por debajo de la misión llamado a cumplir; sintiéndose, por lo tanto humillado, aunque los otros no quisieran humillarlo; y al ver, por otro lado, la preferencia del mundo estudiantil, por los buenos profesores, y el desvío de los ineptos, se dividieron en bandos y esos profesores formaron el partido que llevaba por nombre: *universitario*. Se opusieron a este movimiento renovador que se amasaba, "no contra" la universidad; sino que se amasaba "al lado de la universidad", y "en bien de la universidad"; y ha sido violentísima la lucha en algunos momentos en-

tre este partido universitario y estas nuevas instituciones: en Madrid, entre la universidad y la Junta de Ampliación de Estudios y en Barcelona, entre la universidad y el Institut; y creo que continuarían las cosas todavía en iguales términos que ningún bien habrían reportado a la cultura española, porque hostilizada la junta, claro es que tampoco podía desenvolverse.

De otra parte, la universidad, gastando energías, combatiendo fantasmas, no podía desarrollarse normalmente la vida universitaria española.

En la universidad de Madrid, se manifestó por parte de los escolares una tendencia no tan clara, contra las manifestaciones de los estudiantes catalanes; pero donde la lucha adquirió un carácter más vivo fué en Barcelona en que las pasiones mediterráneas se encendieron, puesto que tenemos un pleito político a resolver; y los estudiantes catalanes se reunieron en repetidos congresos y ejercieron varias formas de presión sobre las autoridades universitarias y en el último congreso, las autoridades militares lo suspendieron violentamente; pero que volverá a celebrarse una vez que vuelvan las garantías constitucionales; y este congreso redactó el estatuto de la universidad catalana y las conclusiones de este congreso, en el que habían colaborado fraternalmente profesores y alumnos, fueron hechas propias por un fuerte grupo de catedráticos del claustro de la universidad de Barcelona, librando violentas batallas con otro grupo de profesores de la misma universidad y con profesores de otras universidades. Más lo cierto de ello es, que después de esta agitación, al cabo de un año, viene a sancionarse la petición de los escolares y de los catedráticos barceloneses, en el decreto de autonomía que no hace cuatro meses fué promulgado y que es ni más ni menos que llevar al claustro de Madrid, el estatuto redactado en el congreso barcelonés. Y cosa curiosa, lo que sucede siempre que se triunfa: una vez de promulgado el estatuto de autonomía universitaria, aquellos que habían formado un block, dándose el nombre de partido universitario, que se mostraban opuestos a este estatuto, en las discusiones de las particulari-

dades de las normas especiales porque ha de regirse cada universidad, y a estas discusiones tenían placer de asistir y antes no, nos daban lecciones más radicales que nosotros mismos.

Esto quiere decir que la universidad española se abre a nuevos aires, porque la universidad española ya no será aquella universidad uniformizada que recibiera desde Madrid sus profesores, nombrados algunas veces con perfecta justicia, pero otras veces, no siguiendo un criterio tan sabio. Será, pues, la universidad la que se dará sus propias leyes y será la universidad la que se dará su propio personal, cosa importantísima; y además, como la universidad vivirá de sus propios rendimientos, contando siempre con la subvención del ministerio, la universidad futura llevará una vida próspera y la universidad débil acabará por desaparecer, cosa interesante en España, donde tenemos 10 universidades, número excesivo; donde las universidades se crearon, o bien extendiendo el mapa de España sobre la mesa de un ministerio y diciendo, a priori: en estas ciudades habrá centros universitarios, u obedeciendo a la presión local, manifestada por los intereses materiales, estos pobres intereses materiales, representados por el pupillaje de unos cuantos centenares de alumnos. Así han sido creadas, como se manda un regimiento a ciertas poblaciones, capitales de segunda categoría, porque los habitantes lo piden.

Esto se acabará con el decreto de autonomía universitaria y las universidades vivirán en las regiones en donde tengan razón de existir, prósperamente; y vivirán lánguidamente o morirán, en donde les falte el ambiente propicio. Esta es otra de las ventajas del decreto de autonomía universitaria y sobre todo, resuelve de una vez la modificación del espíritu tradicional; y los enemigos ya no se muestran tales, de estas otras instituciones complementarias que tanto bien han hecho a la universidad; y de la universidad durmiente, lánguida, que no tenía otra cosa que la tradición, se habrá hecho una universidad viva, moderna, científica.

Todo esto os demuestra el resurgimiento de la vida intelectual española, cómo va elaborándose esta conciencia colectiva que no

ha penetrado todavía en el espíritu de las masas incultas que por desgracia venden su voto y obedecen a los caprichos del cacique; pero que en cambio van alumbrando las conciencias de multitudes más ilustradas, como son las multitudes escolares.

Ha sido la presión en unos cuantos escolares, por unos cuantos profesores, o vice versa, la de los profesores, conducidos por unos cuantos escolares, la que ha obrado la renovación, la que está produciendo la renovación española; pero el punto de partida no ha sido la universidad, sino que la suerte de España es la de haber encontrado a estos hombres excepcionales que constituyeron los primitivos núcleos, quienes con sus esfuerzos demostraron a los espíritus generosos, que en España podían conseguirse resultados que no podían ser negados por las condiciones de la raza ni por el vigor de la nación, sino que es, simplemente, un resultado del desconocimiento y de la desorganización.

Voy a terminar, porque bastante se prolonga esta exposición sobre cosas particulares, diciendo que si he traído a vuestra consideración estos problemas nuestros, es porque estimo que estos nuestros problemas son exactamente los vuestros. Vosotros tenéis todavía un analfabetismo muy semejante, por su índice a nuestro analfabetismo: tanto los nombres de españoles como de los argentinos, no se encuentran figurando en las bibliografías universales; y aquí, como en España, yo estoy seguro, lo he visto en esta misión, que es opera un resurgimiento. Yo creo que este resurgimiento se realizará aquí con mayor rapidez que en España. Yo soy un hombre que hablo siempre con entera sinceridad; soy de los que creen que en todas las circunstancias de la vida, en todos los trances se debe decir la verdad. Si os he de hablar con sinceridad, debo decir que he sufrido un error, pues, al ver vuestra realidad: veo que es superior a lo que yo esperaba por el mútuo reconocimiento entre la Argentina y España; de manera que vosotros sois más fuertes que lo que yo creía. Hablando con la misma sinceridad, creo que la cultura superior es todavía un poco más fuerte en España; pero con la misma sinceridad os digo: que es tanta la emu-

lación que veo en vosotros que espero de la Argentina un resurgimiento semejante, un despertar cultural muy análogo al que se ha fraguado en los Estados Unidos. Creo que vosotros vais a pasarnos, dentro de poco y que el estímulo de la Argentina refluirá sobre España.

Y estos hechos producirán un comercio cultural entre España y los países americanos, y especialmente la Argentina, país rico, formado por individuos de espíritu curioso, que ha dado un paso sorprendente, muy análogo del que acabo de deciros, al salto dado por Estados Unidos, en la cultura científica; pero ello será a condición, estudiantes argentinos, de que halléis la organización absolutamente adecuada a vuestras aspiraciones y a vuestras necesidades. Cuando las universidades se estancan, debe venir un espíritu de agitación que renueve esas universidades.

Por este motivo os he dicho que vuestros problemas son los nuestros, porque somos de la misma habla, de la misma raza y hemos vivido los mismos siglos; pero tened en cuenta que vosotros que en la actualidad, de hecho lleváis la responsabilidad del gobierno de la universidad, no solo de Córdoba sino que influye a las demás universidades de la República; estais investidos de una gravísima responsabilidad, que habéis llevado a término una revolución; pero tened en cuenta que toda revolución sigue las tres fases fatales: la renovación, la anarquía y la reacción.

Cuidaos de no dar motivos a la reacción, y la manera de evitar la reacción, tanto en las revoluciones políticas como en las universitarias, es el sentido crítico, que exige un espíritu de justicia perfectamente ponderable y la máxima organización, que es lo contrario a la anarquía. En vuestras manos está la suerte de esta universidad que hace tres siglos se fundara y que durante mucho tiempo fué la única sud-americana. Conviene que la universidad de Córdoba sea un ejemplo perenne; pero tened en cuenta las enseñanzas de otras renovaciones universitarias y sobre todo, haced que esta organización universitaria que de hecho se encuentra en vuestras manos responda, ni más ni menos, que a las necesidades de

la hora presente; y cuando cambien estas necesidades, cambiarán las normas; pero la universidad debe adaptarse al espíritu de los tiempos. Los espíritus aislados, los que se sienten aptos para hacerlo, deben ser los precursores; y tiene el deber cada uno de vosotros que se sienta con ánimo valiente y aspiración amplia, en buena hora defender sus aspiraciones. Tienen más, tienen el deber de defender las colectividades, constituidas por espíritus muy amplios, que han de sentir más fuerte la influencia de la tradición, que tanto pesa sobre una Universidad, y de una manera especial en la Universidad de Córdoba.

Tenéis que pensar, los que conduzcáis, que la universidad no es un lugar de ensayo ni de experimentos. Los individuos tienen aparte, amplio campo a su gestión y a la consecución de sus particulares aspiraciones.

De ninguna manera la universidad ha de continuar estancada, formando un quiste dentro de una cultura, un pantano dentro de un país adelantado: la universidad debe vivir su hora presente, debe orientarse hacia lo futuro, pero en sus normas debe vivir la hora presente.

Los que conduzcan la universidad a vida nueva, señores estudiantes, os lo dice un muy modesto universitario, deben hacerlo a la altura en que les han colocado sus responsabilidades.

AUGUSTO PI SUÑER.

---